

Y LA NAVE FUE REFLEXIONES DESDE LA SALA DE MÁQUINAS

LUZ MARÍA YACOMETTI C.

Alumna Escuela de Teatro U. C. y asistente de dirección

Hablar desde dentro, desde el centro mismo de un proceso de creación, me parece doblemente difícil: primero, por el “compromiso sentimental” que tengo con el montaje por tratarse de mi primer trabajo a nivel profesional y, segundo, porque he participado íntima y activamente de la génesis de los personajes y de su mágico “emerger” del texto. Aun así, ser la asistente de este “trabajo de parto colectivo”, ha sido una experiencia actoral y personal muy enriquecedora. En momentos como éste queda archi-demostrado que el actor se basta a sí mismo y que debe desprenderse buena, amablemente, de cualquier academicismo represor. Paradojalmente, las reglas existen para ser transgredidas y, en el punto de partida de esa transgresión, empieza también la auténtica creación. Contábamos con un elenco bien dispuesto al juego, a la arlequinada, a la búsqueda, al error y a los gloriosos aciertos que nos hicieron pasar intensas jornadas entre zarzuela, comedia del arte, nguillatunes y otras yerbas.

Nuestro trabajo se abocó principalmente a que cada actor pudiera fluir libre en su personaje, partiendo de la improvisación y de la máscara. Fue necesario desprenderse de la urgencia por encontrar resultados, que es una premisa tan típica de nuestro tiempo y tan poco cooperadora, sobre todo en procesos irregulares, carentes de metodología



estricta y que se encuentran en estrecha ligazón con las instancias personales del actor, tanto dentro del escenario como fuera de él. Incluso, por momentos debimos hacer la “vista gorda” ante la lógica tradicional, la vapuleada y mal entendida “psicología interna” y la duda que experimentamos actoralmente ante

lo desconocido: el pudor de sentirse desnudo, como un náufrago aferrado al personaje como su única tabla de salvación. Había que sobrepasarlo todo. Hasta lo que nos parecía un exceso debíamos tomarlo sólo como un punto de partida. Ponerse límites no era nada más que una alternativa para perder tiempo y ¡eso sí que no era digno de permitirse! Para asumir esta posición, se requería dejar de pensar. El pensamiento es el enemigo más peligroso para el actor, justamente porque lo desvía de su destino: la acción, para reducirlo no sólo a la inactividad sino que también a la autocensura y a las vacilaciones. Y es letal, ya que su influencia solapada y quitada de bulla es lo primero que se proyecta hacia la platea. Increíble, pero cierto.

Como una pintura de Henri Rousseau, entre el *naif* (en el sentido positivo de la palabra) y el *comic*, la obra de Pineda nos entregó un material moldeable para la creación. La estructura en verso octosílabo, según las reglas impuestas por don Lucas, le da la versatilidad sainetera, además de una amplia facultad musical, tanto melódica como



rítmica. Los contubernios y los extremos hasta los que llegan estos personajes (con quienes el público crea una empatía inmediata) ponen pimienta a esta travesía guiada por un pseudo Colón moderno, que intenta salir de la mediocridad inventándose la fantasía de este viaje, en el que nos vimos inmersos de la noche a la mañana. Mi trabajo, que se ha movido entre la "sala de máquinas" y la "cabina del timón" de este montaje, ha sido mucho más difícil que sólo secar el sudor de la frente del director. Se trata de interactuar directamente, sin la "mediación" de un personaje, lo que implica arreglárselas con un equipo humano también bajo el escenario, usando los datos que tengo como actriz en formación, acoplándome al sistema propuesto por Willy y valiéndome de mi intuición, ya que en ninguna escuela de Chile le enseñan a uno a ser "asistente de dirección". Es en estos momentos cuando "la necesidad crea el órgano" e imagino que en cierta medida se ha empezado a crear en mí.

Para cualquier actor, principalmente para los que emprendemos el viaje de ida por esta

carrera, es fundamental vivir el proceso de montaje y también percibirlo como un espectador activo que, estando dentro, aún mantiene cierto grado de "objetividad", si es que así puede llamarse, o por lo menos, una mínima cuota de distancia para mirar el norte hacia el cual nos dirigimos. Además, es una experiencia mágica ver la encarnación del texto en los demás y cómo cada uno acentúa o se detiene en sus facilidades, dificultades y mecanismos de defensa hasta llegar a ser, evidentemente, el personaje.



**Jorge Gajardo, Miguel Angel Bravo,
y Grimanesa Jiménez.**



**Miguel Angel Bravo, Jorge Gajardo,
Mónica Carrasco y Aldo Parodi.**